



COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN EN COLOMBIA, FRENTE AL DESAFÍO DE DESATRASARSE

POR: JUAN GUILLERMO ARIAS MARÍN
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD DE MANIZALES

En un foro organizado por la Facultad de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales, Juan Lozano, el columnista por todos bien conocido, habla de las ligas de lectores de prensa que la Casa Editorial El Tiempo está conformando con el interés de sembrar la semilla de lo que podría llegar a crecer hasta convertirse en una masa de ciudadanos críticos frente a oferta informativa del reconocido diario. "Necesitamos que nuestros lectores nos digan en qué estamos fallando, que nos señalen el camino...". Desde luego, el propósito en apariencia altruista de fomentar la lectura significa, visto desde otro ángulo, conformar una masa de compradores de periódico, de consumidores, de receptores de la publicidad pagada por los anunciantes, que son los que financian el negocio editorial.

Más recientemente, el 27 de octubre, Frank Priess, director del Programa de Medios de Comunicación y Democracia de la Fundación Konrad Adenauer, invitado también al mismo escenario, observaba cómo "los medios de comunicación europeos gozan de menos credibilidad entre sus públicos que las empresas informativas latinoamericanas entre los suyos". Priess se refería a los resultados de una reciente investigación sobre la participación social en la información masiva, financiada por la Fundación alemana, en la que participaron Universidades colombianas ubicadas en ciudades sede de canales regionales (entre ellas, la Universidad de Manizales). Y dicha fuera de contexto, su apreciación podría dar lugar a pen-

sar que el ejercicio ético y profesional de los medios de comunicación en los países desarrollados y de los periodistas que en ellos laboran deja mucho que desear frente a la transparencia y rectitud de sus homólogos tercermundistas, lo que les ha granjeado, a los primeros, la desconfianza de la ciudadanía y, a los segundos, los nuestros, mayores índices de crédito y aceptación públicos. En pocas palabras, se podría creer que nuestros medios de comunicación son mejores en todo sentido que los del Viejo Continente. Las conclusiones, sin embargo, apuntan a una dirección diametralmente opuesta, como más adelante quedará claro.

Con frecuencia, a la Facultad en la que trabajo llegan estudiantes de secundaria para buscar asesoría en la realización de tareas escolares relacionadas con la comunicación. En una ocasión de éstas fui consultado por un grupo de siete adolescentes de octavo grado que tenían la misión de hallar en mí la respuesta a esta pregunta: ¿cuáles son las condiciones necesarias para la formación de un medio de comunicación? En el desarrollo de la respuesta solicitada, tuve que hacer referencia a la invención de la imprenta y al descubrimiento y colonización de América, como hitos históricos que marcaron el desarrollo de la prensa aquí y allende el mar. Pregunté a las niñas, a manera de broma, si sabían las fechas en que ocurrieron estos hechos. "El descubrimiento de América fue en 1948", me contestaron sin pestañear. "¿¡Hace apenas 50 años!?", les increpé, seguro de que se trataba de un lapsus colectivo. "Perdón, perdón", se disculpó una de las niñas, para sacar la cara por sus compañeras: "fue en 1848", aseguró. Después de



explicarles que se habían saltado más de cuatro siglos de historia, decidí constatar si éstos vacíos de formación subsistían entre mis estudiantes ya universitarios. El sondeo arrojó resultados un poco más tranquilizadores, pero no del todo satisfactorios.

Resulta preocupante encontrar candidatos a profesionales de la comunicación y el periodismo que aún tienen dificultades para distinguir la Edad Media del Renacimiento y de la Revolución Industrial, y para situar cronológicamente estos momentos de la historia, tan importantes para la comprensión de la evolución del periodismo y de la construcción de la modernidad. El problema no son, pues, los insignificantes vacíos de información en aquello que de manera despectiva llaman "cultura general". El problema son los verdaderos abismos de formación que quedan después de pasar por el colegio: las dificultades para analizar desde un pensamiento lógico matemático, la incapacidad de plantear por escrito una idea cualquiera, la facilidad con que se asumen los prejuicios y los lugares comunes como verdades incuestionables, son claros síntomas de que el sistema educativo está cumpliendo cada vez menos su misión de formar mentes críticas.

Y me parece imperdonable el efecto que ocasionan hoy los ideólogos de la livianización de la educación básica. Las niñas de la anécdota se aprestaban a hacer una de esas tareas sugeridas por uno de esos profesores que han entrado en la moda de incluir en sus asignaturas de sociales o de español y literatura el tema de los medios de comunicación, en lugar de pelear con ellos, como en los tiempos de la vieja pedagogía, cuando se asumía que la televisión antagonizaba con los libros, que distraía a los niños de la lectura, los alejaba de sus deberes escolares y que, por tanto, era el peor enemigo del colegio y, por inclusión, de los sufridos profesores de bachillerato que no encontraban cómo reconquistar de nuevo a una muchachada seducida por los medios

audiovisuales. "Si no puedes vencerlos, úneteles", fue entonces la consigna de batalla a la que muchos adhirieron más temprano que tarde. Aliarse con los medios de comunicación desde la escuela, convertir el aula de clase en una extensión de la sala familiar de televisión, parecía convertirse en la clave del éxito docente. Es, además, muy bien visto estar a tono con los nuevos aires de modernidad que encarnan los sofisticados medios de comunicación. Si éstos son parte constitutiva y orgánica de las realidades actuales, es absurdo ignorarlos y pretender aislar a los alumnos de esa fuente de formación que son los medios masivos, tan presentes, ya y para siempre, en sus vidas cotidianas.

Como piezas de anticuario, percutidos y obsoletos, lucen los libros de texto y todos los demás libros al lado de una rutilante pantalla de televisión. Dicen los pedagogos "de avanzada" que "El libro ya no es más el eje central de la cultura occidental", su lugar lo han ocupado los discursos audiovisuales, nuevos referentes de la cultura moderna, de tal suerte que la cultura letrada se ve abocada a abdicar su escenario de acción tradicional -la escuela- en favor de lo audiovisual. La escuela ha renunciado a su responsabilidad de formar interlocutores de los medios de comunicación que estén en capacidad de resistir su influjo cretinizador. Lo que ha ocurrido desde la promulgación de la Ley 30 de educación de 1992, pasando por la concesión de canales privados, hasta las recientes declaraciones del ministro de educación, Germán Bula, sobre la necesidad de entender que "la educación de calidad debe ser costosa", es clara evidencia de que el Estado colombiano -por acción de los gobiernos de inspiración neoliberal- está abandonando, gradual pero cada vez más decidida y aceleradamente, su responsabilidad de educar.

Es un favor contraproducente, sin embargo, el que los últimos gobiernos, incluido el actual, le están haciendo a los monopolios de la infor-



mación y de la industria del espectáculo y el entretenimiento, al dejarlos a merced de un mercado cada vez más empobrecido (económica y mentalmente), habitado por consumidores cada vez menos competentes para el consumo. La información y la cultura son bienes suntuarios para una población con sus necesidades básicas insatisfechas. La oferta mediática adelgaza su calidad (a los pobres sólo se les puede ofrecer productos de mala calidad), se nivela por lo bajo y cuando toque fondo -en jerga comercial, cuando comience a arrojar pérdidas- simplemente se lanza a la conquista de nuevos mercados más prometedores, fuera de las fronteras nacionales, como el mercado europeo, por ejemplo, donde los medios tienen menos credibilidad pero más posibilidades de éxito, porque los europeos son consumidores competentes de bienes simbólicos. En Colombia, si acaso, la oferta de calidad quedará reservada para las élites cuitas, educadas en el exterior, esas sí conformadas por consumidores exigentes, cuyas demandas es necesario atender porque tienen poder de compra.

No creo, pues, que las actuales condiciones de la educación en Colombia -cobertura insuficiente de la instrucción básica, deficiente calidad de la misma, escaso índice de profesionalización y altas tasas de deserción escolar, etc.- le permitan a nuestra sociedad darse el lujo de renunciar al paradigma de la cultura letrada, cuya incorporación en la mentalidad social es condición *sine qua non* de la construcción de otros discursos que tengan realmente el carácter de **otros**, que representen una propuesta **alternativa**. En otras palabras, lo audiovisual sólo tiene significado válido y posibilidades de crecimiento en relación con la cultura letrada, de la que debe nutrirse al tiempo que la confronta. Un buen realizador de cine o de televisión tiene el mérito adicional de pensar en función de imágenes y sonidos, el mérito accesorio de dominar unas tecnologías propias de esos medios, pero tiene los méritos previos e imprescindibles de saber

narrar historias, de ser capaz de interpelar inteligentemente a sus receptores, méritos, estos últimos, que sólo otorga la literalidad, hecha de lenguaje, materia prima de la comunicación humana, rasgo diferencial entre el homo sapiens y el animal.

Las reflexiones arriba esbozadas me mueven a proponer encarar, entre muchos que debo dejar en el tintero, tres desafíos a los comunicadores y a las facultades que asumen la tarea de formarlos.

Sin complejos

El primero de estos retos consiste en despojarnos del eterno complejo de hijos menores en la familia de las disciplinas sociales y humanistas. En el poco más de medio siglo que lleva institucionalizada la comunicación como campo de estudio, no hemos logrado zafarnos de este lastre. Síntoma de ello fue el nerviosismo generalizado que provocó entre los estudiantes de comunicación del país y entre los periodistas en ejercicio, el fallo de la Corte Constitucional que derogó el Estatuto del Periodismo y las declaraciones, a los medios, de un magistrado, según las cuales "el periodismo no es una profesión sino un oficio", concepto que, sin embargo, no fue incluido oficialmente en la sentencia final y que, aunque hubiese sido incluido, enaltece antes que degradar la labor del comunicador.

Hace cincuenta años, en Estados Unidos, nacen los primeros estudios en comunicación de masas, como el resultado de la configuración del mismo fenómeno massmediático y de la preocupación de la clase política por optimizar el uso de los medios de comunicación para generar opinión favorable a sus intereses, en una sociedad democrática donde los ciudadanos son quienes, mediante el voto, legitiman el acceso al poder. En esos primeros estudios convergen influencias de múltiples



disciplinas preexistentes: la sociología, la psicología, la antropología, la estadística, la economía, la administración, etc. Esta confluencia multidisciplinaria sigue siendo la característica dominante de los estudios comunicológicos hoy, más aun en Colombia donde su institucionalización data de hace 30 años, y en ella se explica la permanente crisis de identidad de los estudiantes de comunicación, de los periodistas y de los comunicadores egresados. ¿Qué hay de malo en ello? Por fortuna vivimos en permanente crisis de identidad, pues es ella la que nos mantiene en movimiento.

Si se me pregunta qué debe ser un comunicador social, yo respondería que debe ser un agente facultado para analizar las transformaciones sociales que se generan en función de las formas de interacción -incluidas las interacciones mediatizadas, pero no excluidas las otras formas- entre los individuos, y en virtud de este análisis, ser capaz de planear, diseñar, ejecutar y controlar procesos sistemáticos de comunicación sobre los cuales se pongan en circulación ciertos significados que incidan sobre la composición cultural de la sociedad, cualesquiera sean los medios que emplee y los fines para los que trabaja (esa es otra discusión). Si para el cumplimiento de este ideal, las instituciones encargadas de formar comunicadores tienen que recurrir a los acervos teóricos procedentes de otros campos del saber, no veo en ello nada de malo, y no debe entrañar tampoco la razón de ninguna clase de complejo de inferioridad.

En lugar de rasgarnos las vestiduras por las supuestas carencias de contenido que adolece nuestra profesión, pues llenémoslas. Pero no podemos hacerlo de espaldas a los saberes básicos, lo que sería como construir una casa sin poner primero los cimientos. Si el aparato educativo, en sus niveles de primaria y secundaria, está egresando bachilleres que ignoran que fue un 12 de octubre de 1492 -día domin-

go, para más señas- cuando Cristóbal Colón pisó por primera vez tierra americana, y que eso constituye un hecho de referencia en la transición del Medioevo hacia el Renacimiento, pues no nos queda más remedio que enseñarlo en las universidades, incluso en las facultades de comunicación y periodismo.

...pero reconociendo las propias limitaciones

Desde luego, el retorno al conocimiento fundamental desde la educación superior opera unos efectos de alcances reducidos, hay que reconocerlo. Los estudiantes universitarios constituyen una minoría privilegiada de colombianos que pueden todavía albergar la esperanza de ser profesionales algún día. Aun sobre el supuesto de que podamos llenar los vacíos que traen del colegio nuestros alumnos de primer semestre. ¿qué hacer con esa mayoría de ciudadanos privados de las competencias mínimas, a sabiendas de que ellos constituyen el grueso del público y que, finalmente, ellos serán los interlocutores de nuestro trabajo, y que su estatura intelectual marcará la medida en que se enriquezca o se empobrezca la calidad de nuestra oferta cultural?

Con el perdón de Juan Lozano y del periódico El Tiempo, me permito opinar que no es a las empresas informativas a las que les corresponde la tarea de instruir a sus lectores para que fiscalicen el trabajo del mismo diario, situación comparable a la del acusado que da indicaciones al jurado sobre cómo debe llevar el juicio en su contra. Si a la familia Santos le preocupa tanto el bajo índice de lectura de los colombianos (como estoy seguro de que sí tiene por qué preocuparle), en lugar de invertir ingentes sumas de dinero en campañas de alfabetización para adultos, debería olvidar por un momento su tradicional gobiernismo y de-



cirle a la clase política colombiana que esa es su tarea. Debería, con la centésima parte del costo, generar opinión en torno a la gravedad que conlleva la progresiva elitización de la educación pública y su abandono a las fuerzas del mercado. Pero claro: ¿cómo generar opinión en una sociedad iletrada?

En cuanto a las universidades, aquéllas que no han sucumbido a la tentación de feriar las acreditaciones profesionales, aquéllas que no han optado por lucrarse fácilmente de la desregulación estatal de la educación, las que conservan aún un mínimo de rigor académico en su labor, no está de más que refuercen sus acciones de proyección social en las escuelas de educación primaria y media, encaminadas -estas acciones- a democratizar el conocimiento, piedra angular de toda posibilidad de desarrollo. Y digo que estas acciones "no están de más", porque aunque no ocasionan ningún perjuicio en el entorno, sus resultados tampoco son los mejores.

La Facultad de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales participa, con el diario La Patria y la Secretaría de Educación Municipal, en el programa de Prensa Escuela, enmarcado en el convenio firmado el 25 de febrero del 93 entre el Ministerio de Educación Nacional, Andiaros y la Organización de Estados Iberoamericanos para la Ciencia y la Cultura. El programa Prensa Escuela, al que están adscritos 22 planteles de la ciudad, busca promover la utilización del periódico como referente de estudio en el colegio, educar desde la niñez y la adolescencia en la lectura analítica de los medios impresos y sintetizar tempranamente a los estudiantes con la comprensión de los hechos de actualidad. En los cuatro años que lleva funcionando el programa, los logros han sido más bien escasos: cuando los maestros descubren que el periódico sirve para algo más que recortarlo, hacer carteleras y otra clase de manualidades, cuando saben que el estudio de la prensa im-

plica mucho más de lo que están en capacidad de dar, el programa se encuentra con un grave obstáculo. De nuevo, las deficiencias de la educación media se interponen.

Los estudiantes de la Facultad, por otra parte, también hacen visitas semestrales a los municipios del Eje Cafetero para ofrecer capacitaciones gratuitas en formación de medios de comunicación locales y comunitarios y consolidación de los ya existentes. (No es necesario extenderse mucho en explicar la importancia que para el desarrollo de las comunidades tiene el que ellas mismas tengan el poder de generar, poner en circulación y recibir su propia información y, en definitiva, de construir sus propios discursos de representación y reconocimiento, máxime en estos tiempos de descentralización administrativa.) Las gentes de los municipios quieren imprimir sus propios periódicos, realizar sus propios programas de televisión y emitir sus propios espacios radiales, muchos tienen que caminar horas para acudir a las capacitaciones, aunque no sea una actividad obligatoria, pero el problema siempre es el mismo: la ineficiencia o ausencia estatal en materia educativa. Durante la última jornada de capacitación los maestros estaban en paro; y aunque en razón de ello los alumnos no estaban obligados a asistir a la escuela, muchos caminaban durante horas para acudir a las capacitaciones, participaban activamente en las mismas y leían y conservaban los documentos bibliográficos y hemerográficos, como quien encuentra una botella de naufrago en una isla desierta. El interés es palpable, tanto como las condiciones adversas para su potencialización.

Educar para la belleza

Todo lo anterior pone en evidencia la impotencia de facultades y medios de comunicación ante unos públicos cada vez más lejanos, más impasibles y abúlicos frente a la oferta in-



formativa. Y esa impotencia se entiende, en buena medida, en la imposibilidad de unas y otros de entrar a suplir las funciones que debería cumplir el Estado, es cierto. Pero por otra parte, es injustificable, en la medida en que ni los medios están desarrollando las estrategias de penetración que deberían, ni las facultades están formando a los profesionales capacitados para proponerlas, porque, claro, las facultades han asumido que deben egresar comunicadores hechos al pedido de las empresas.

Ni regalando discos compactos de música vallenata por la compra de un ejemplar, ni rifando carros cero kilómetros entre los televidentes que llamen a contestar la pregunta más anodina, ni ofreciendo boletas para el concierto de esta noche entre los oyentes que certifiquen su sintonía, es como se llegará a complacer a la audiencia ni mucho menos a cualificar la oferta informativa, que es también oferta cultural. En estas últimas dos palabras es en las que reside la clave del problema, y lo repito: la oferta informativa es, ante todo, cultural. Si el Estado y los colegios han decidido desentenderse de su responsabilidad de educar, los medios de comunicación y las facultades que les proporcionan su mano de obra no tienen por qué contemporizar con esta nefasta tendencia.

Pienso que el periodismo y la formación de periodistas deben retornar a sus raíces más auténticas y excelsas, cuales son la literatura y las artes en general. Debemos educar comunicadores capaces de explorar la dimensión estética de la información, esa que atrae, eleva, entretiene y, por añadidura, informa al público. Ya no basta con formar redactores de *leads* perfectos, que dominen a las mil maravillas la pirámide invertida -una fórmula que lleva más de cien años de desgaste y que, como

los formularios, se llenan correctamente pero a nadie dicen nada porque carecen de vida- y que todavía se crean el cuento de la objetividad periodística. Todo ello tiene una validez relativa, si se entiende como una etapa de la formación que, sin embargo, se tiene que superar.

Creo que el periodismo sólo tiene algún valor por lo que en él hay de bello. Lo demás, las asépticas noticias y las virulentas columnas de opinión son pura basura desinformativa, ruido social que sólo cumple la función de distraer. Si de una hipotética hecatombe (¿hipotética?) tuviésemos que salvar lo mejor que ha dado el periodismo colombiano en sus doscientos años de historia, probablemente nos quedaríamos con las crónicas de Luis Tejada, con los reportajes de Alegre Levi y de Gabriel García Márquez, con los ácidos comentarios de Antonio Caballero y con los análisis ilustrados de Alfredo Molano, entre otros pocos. Ellos han dado testimonio, no de una actualidad demencialmente entendida en términos de la inmediatez y de la chiva, sino de toda una y al el otro; si modificamos nuestra práctica discriminativa, competitiva, donde los valores máximos del desarrollo del hombre son los contenidos académicos y donde los valores personales y de convivencia no son tenidos en cuenta.

Realmente los maestros debemos hacer un alto en el camino y reflexionar sobre nuestro papel protagónico frente a la reconstrucción de nuestros valores personales y sociales.

